

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ORIENTE

FACULTAD DE TEOLOGÍA

Programa Teología virtual



**LA TEOLOGÍA DEL MAGISTERIO COMO RESPUESTA A LOS RETOS
SOCIALES DE LAS FAMILIAS**

POR: BISMAR ANDRÉS ESCOBAR RADA

Trabajo presentado a la Universidad Católica de Oriente (UCO), bajo la orientación y asesoría de: Luz Dary Gómez Zuluaga, docente de la facultad de Teología y Humanidades, con el fin de obtener el título en teología.

MONTERÍA – CÓRDOBA

2022

**LA TEOLOGÍA DEL MAGISTERIO COMO RESPUESTA A LOS RETOS
SOCIALES DE LAS FAMILIAS**

INTRODUCCIÓN

Una de las cosas más esenciales en la vida de la Iglesia es garantizar la experiencia en plenitud de sus hijos a través de la fundamentación de la fe en las cosas cotidianas. De este modo, es la familia en la que nace la cotidianidad, el espacio en el que desde el primer momento se teje el compartir entre los seres humanos, de este modo se busca en toda medida que la familia goce del privilegio natural de ser un espacio de encuentro, que desde la vida de la Iglesia, se proyecte en la vida en comunidad.

En el primer capítulo será la reflexión teológica del valor propio de la familia la que marque el horizonte. La teología es la que orienta la búsqueda esencial de la revelación en la obra del Padre, en esta ocasión a través del vínculo de la familia. De este modo se ofrece la mirada a la constitución antropológica del ser humano, la primera dimensión que forja con gran esmero la intención de Dios en su propia creación. Por ende, la lógica de la obra de Dios se vive y se evidencia en la comunión, entre la estrecha relación de todas sus creaturas con un propósito de amor esencial que dinamiza todo su ser. El llamado propio a tejer este vínculo se da más específicamente en el pacto de amor de los esposos a través del vínculo sagrado del matrimonio, donde la obra adquiere un sentido de alianza y se configura con el propósito de Dios de hacer presencia en su propia creación desde la comunión de los miembros; en ella también Cristo testimonia con su presencia la obra de salvación que se fundamenta en el núcleo familiar.

Luego, en el segundo capítulo serán los desafíos que afrontan las familias los que permitirán hacer una lectura a la realidad y a los desafíos que enfrenta la familia,

por cuenta del relativismo moderno, como la intención metodológica que busca suprimir lo esencial de la mirada de fe, por medio de implementación de un sistema de pensamiento meramente materialista. Todo esto lleva a una desvaloración de lo que es esencialmente divino, donde pierde sentido la obra de lo sagrado en la misma historia de la salvación y pone como centro lo que puede ser más lógico a la comprensión del ser humano, desconociendo lo sobrenatural. Además, el egoísmo consume a la familia en el individualismo social pretencioso, que disminuye una visión de fe en común con los demás, donde predomina el orgullo. Cada aspecto de la vida en familia se ve afectado por los desafíos sociales lo que deja como consecuencia un debilitamiento de su propio entorno con la pérdida del sentido del amor en la vida.

Finalmente, en el tercer capítulo aborda la pastoral familiar donde la Iglesia vivifica la obra de Cristo en el mundo, la misión cobra sentido en la medida en que el testimonio de fe se hace concreto en acciones específicas. Es pues, el apostolado de la comunión, la invitación especial a la mirada amorosa del padre que ve cómo sus hijos se integran en la dimensión del pueblo fiel de Dios que se hace palpable en el seno de la familia. La llamada a la bondad es la identidad de la familia, es la que se manifiesta en el perdón diario, en cómo se asumen los defectos del otros y las limitaciones desde el afectuoso vínculo del amor, es un apostolado constante de misericordia que a su vez sirve y defiende la vida como el tesoro más sublime que reciben de su creador. De aquí que sea necesario la formación, la catequesis la que muestra el horizonte claro y formal a cada aspecto de la vida de la familia en toda la dimensión comunitaria que la comprende. Finalmente es en el encuentro de sus miembros en los que cada aspecto de la vida en Dios adquiere un sentido, es mirar en el otro el esposo, hijo, hermano y demás como signos palpables de la obra de amor.

RESUMEN

La familia es el tesoro perenne de la Iglesia, ella como fiel servidora de la vida se compromete a la búsqueda del bien del otro en la misión constante de ser testigo del amor de Dios en la vida común de cada uno de sus miembros. De este modo los retos que enfrentan, aun en medio de la dificultad de estos permiten afianzar la identidad propia que adquiere desde la conformación de la comunidad primera, y desde la especial llamada a la comunión entre familia y sociedad. La apuesta de la acción viva de la Iglesia hacia la familia nace en el deseo constante de hacer presente la esperanzadora luz que dignifica la vida en medio de la convulsión del mundo. Por lo tanto, la misión de todos, que siendo familia podamos construir, guiados por la acción del Espíritu Santo, una sociedad justa en la que el centro sea la experiencia viva del amor en Dios.

ABSTRACT

The family is the perennial treasure of the Church. As a faithful servant of life, it is committed to the search for the good of others in the constant mission of being a witness of God's love in the common life of each of its members. In this way, the challenges they face, even amid these difficulties, allow them to strengthen their own identity, which they acquire from the formation of the first community and the special call to communion between family and society. The commitment of the Church's living action towards the family is born in the constant desire to make present the hopeful light that dignifies life in the midst of the upheaval of the world. It is therefore the mission of all, that being family we can build, guided by the action of the Holy Spirit, a just society in which the center is the living experience of love in God.

PALABRAS CLAVES: Familia, teología, desafíos, magisterio, pastoral.

KEY WORDS: Family, theology, challenges, magisterium, pastoral

CAPÍTULO I: EL CONCEPTO TEOLÓGICO DE LA FAMILIA, UNA MIRADA DESDE EL MAGISTERIO

La mirada privilegiada que da el Magisterio hacia la familia radica en la necesidad de fundamentar su importancia como institución de derecho natural, pero que, a su vez, dentro del plan y el designio de Dios, permite la extensión del plan salvífico de Dios mismo en los hombres. De modo concreto, se deduce el carácter humanizador de las familias dentro de la sociedad, el cual es defendido por la teología en todo su contexto. De ahí que Jorge Aros y Lorena Basualto (2014) en su artículo titulado *Aportes a la teología de la familia, lectura eclesiológica de la iglesia doméstica*, defienden la reflexión actual que ha hecho la Iglesia, en la cual se ha dado “gran importancia al servicio que las familias están llamadas a prestar a la Iglesia: primeramente, realizando su propia vocación de ser una experiencia de vida comunitaria donde se ora, se vive y se transmite la fe a las nuevas generaciones” (p. 177). De esta afirmación depende el centro teológico de la intención particular de la visión del Magisterio, al situar la familia como unión privilegiada de la comunión.

Fundamento bíblico y antropológico de la comunión humana

Para la teología es de vital importancia fomentar la reflexión constante sobre la importancia de la familia en el centro de la vida de la Iglesia y del mundo. Para comprender desde el concepto teológico, es necesario partir de la Trinidad y su obra creadora en el vínculo de la comunión y del amor. El centro de la reflexión fundamental de los hechos salvíficos de la historia se da por la acción amorosa del creador. En el centro y en la esencia de valor de cada creatura habita de forma indiscutible la intención

de Dios de acompañar y estar en medio de su obra. En el Nuevo testamento, San Juan en su primera carta, da una definición de Dios, afirmando que “Dios es amor” (1Jn 4,8). Amor que está presente como un sello en su obra creadora y que atraviesa toda la historia humana. Dios crea por amor para que toda su creación viva y experimente la dinámica del amor en toda su dimensión.

En el Antiguo Testamento, especialmente en el libro del Génesis, encontramos un primer relato de la creación, que ofrece luces sobre quién es Dios y quién es el ser humano. La afirmación “Y dijo Dios: hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra” (Gn 1,26), hace referencia a Dios como una comunidad que crea, y que, según lo afirmado por San Juan, se trataría de una comunidad de Amor que crea al ser humano a su imagen y semejanza, además recobra su sentido cuando en medio de los hechos propios de la creación, la intención primera siempre será estar unido a su propia obra, no desde el mero cumplimiento de la misma sino desde la acción paterna del que se sensibiliza con lo que “de las entrañas” nace. La proximidad de todo de lo que de Dios nace, siempre goza del sello indeleble de su amor y perfección. Por ende, en medio de la creación, el ser humano es la criatura predilecta, por llevar como un sello, la imagen y la semejanza de Dios que es Amor; se trata, a la vez, de una invitación a vivir el amor.

El Papa Juan Pablo II en las audiencias general el 12 de septiembre de 1979 dedicada a los relatos de la creación, afirma sobre el texto mencionado: “Aunque el hombre esté tan estrechamente unido al mundo visible, sin embargo, la narración bíblica no habla de su semejanza con el resto de las criaturas, sino solamente con Dios”. Tal afirmación introduce la importancia del vínculo esencial de Dios con su criatura, que a

imagen y semejanza empezará a gozar de la predilección siendo el testigo y garante de las bondades propias de la acción de Dios en medio él.

Una de las cosas que más llama la atención de la narración propia de la creación, o del mismo itinerario en el que se presenta, es precisamente que después de haber dado orden al cosmos y a cada ente, piensa en la necesidad que las creaturas se acompañen entre sí, especialmente el ser humano, el texto bíblico precisa: “no es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada” (Gn 2, 18). Una ayuda que consiste en un ser, que siendo partícipe de la misma esencia comparte el anhelo y la intención primera, estar en sintonía con su Creador. La creación por y desde el amor goza de la armonía de la comunión que solo viene de Dios. El Papa Francisco en su audiencia general el 2 de abril de 2014 expresa la importancia de la unión como el designio de amor que acompaña al ser humano y se concreta en el vínculo del matrimonio, él afirma:

“La imagen de Dios es la pareja matrimonial: el hombre y la mujer; no sólo el hombre, no sólo la mujer, sino los dos. Esta es la imagen de Dios: el amor, la alianza de Dios con nosotros está representada en esa alianza entre el hombre y la mujer. Y esto es hermoso. Somos creados para amar, como reflejo de Dios y de su amor. Y en la unión conyugal el hombre y la mujer realizan esta vocación en el signo de la reciprocidad y de la comunión de vida plena y definitiva”. (Francisco, 02 abril, 2014, Roma)

Comienza así a escribirse la historia de la humanidad en plural, será el tema profundizado por el Magisterio pontificio, especialmente de la invitación a la unión esencial, al vínculo sagrado de sus creaturas, y en sólida opción de amor en el matrimonio como lo afirma el Papa. Son pues la familia y el matrimonio espacios en los que el valor intrínseco de la comunión es la base de la participación de Dios. En ellas se compacta de manera concreta la intención del Creador con su creación puesto que

siendo el ser humano la creación privilegiada de su intención primera ve necesario la compañía del otro, como es expresado en las líneas del libro de Génesis (ya antes citado) como propósito creador “no es bueno que el hombre esté solo” (Gn 1, 18) para fomentar la comunidad entre el orden de la creación ya establecida; de ahí que la familia se convierte en el querer de Dios de establecer en la existencia ese destello divino de su obra.

De modo particular la mirada teológica de la familia evidencia la acción creadora de Dios, el espacio donde ha querido morar y que se expresa en el amor humano de manera concreta. En el mismo libro del Génesis se relata: “El Creador al principio los creó varón y mujer” (Gn 1, 27), mostrando así la unión indisoluble y sustancial que desde siempre guía la unión del hombre y la mujer. A esto el Papa Juan Pablo II expresa en la audiencia del 19 de septiembre de 1979: “Las palabras que describen directamente la unidad e indisolubilidad del matrimonio, se encuentran en el contexto inmediato del segundo relato de la creación, cuyo rasgo característico es la creación por separado de la mujer” (Juan Pablo II, 19 de septiembre, 1979, Roma). La unidad no es solo un presupuesto necesario, sino una realidad querida por Dios, como garante de su presencia en medio de su propia obra en clave de comunidad de amor.

En la relación del Creador con su creación radica siempre el deseo de acompañar y ser parte de esta, de este modo el Papa Juan Pablo II expresa en la Familiaris Consortio que: “Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor.” (n. 11). Desde el inicio Dios ha llamado al ser humano a participar de los misterios íntimos de su acción. Es en la comunión de los miembros donde se garantiza la acción amorosa de su omnipotencia, de manera concreta y esencial, es donde se reafirma el hecho salvífico de unir los seres y pactar la alianza de la creación; es por

esta comunión donde teológicamente la presencia de Dios encarna en el tiempo y en la historia de salvación.

Comunión y familia

El llamado que brota del acto creador es a vivir la comunión. La bella expresión de fraternidad y de unión son las más recurrentes en la familia que se ama, porque es el amor, el que dinamiza cada una de las acciones propias de la dinámica personal y comunitaria de sus miembros. El Papa Francisco en la *Amoris Laetitia* expresa hablando de la unión de los miembros de la familia: “Es una unión que tiene todas las características de una buena amistad: búsqueda del bien del otro, reciprocidad, intimidad, ternura, estabilidad, y una semejanza entre los amigos que se va construyendo con la vida compartida” (n. 123). Es la invitación a vivificar a través del vínculo de la unidad, cada uno de los aspectos que hacen de la interacción del convivir un buen vivir, anhelando los bienes eternos en clave de salvación. Es apuntar a lo esencial, todo desde el valor humano que fortalece la convicción en una familia y les da identidad al momento de convivir, identidad que solo se basa en el amor.

Dicha relación nace del valor intrínseco de estar y apreciar la presencia del otro en la vida de cada ser humano. La creación como conjunto de la obra de Dios busca su propia integración, porque en ella hay una cualidad que une toda la obra en una sola comunidad. El mismo Benedicto XVI en la *Caritas in Veritate* afirma que:

“La revelación cristiana sobre la unidad del género humano presupone una interpretación metafísica del *humanum*, en la que la relacionalidad es elemento esencial. También otras culturas y otras religiones enseñan la fraternidad y la paz y, por tanto, son de gran importancia para el desarrollo humano integral” (n. 55)”.

La búsqueda de la unidad es un presupuesto antropológico que refleja la naturaleza de relacionarse entre sí. Si bien es cierto el ser humano tiene la capacidad

racional de pensar sobre su entorno, también la tiene para generar sus propios vínculos, por las constantes dinámicas sociales de los seres vivos, que desde el primer destello de inteligencia saben que necesitan del otro, en todas sus dimensiones, para fomentar con gran capacidad la búsqueda del bien común.

La relación histórica de los seres humanos, ha facilitado no solo la expansión de la vida como don inagotable, sino que mantiene el propósito metafísico de ir más allá de lo que podremos experimentar; en la Caritas in Veritate el Papa Benedicto XVI ratifica nuevamente: “La criatura humana, en cuanto de naturaleza espiritual, se realiza en las relaciones interpersonales” (n 53). La necesidad natural de la interacción de los seres humanos, lleva a solidificar la unión común de los miembros. Se define la familia como el lugar del encuentro, donde a través del vínculo del afecto, los seres humanos que componen el núcleo familiar, son capaces de interactuar en la dinámica del crecimiento humano a través del amor y la ternura.

Entender el concepto de familia desde lo abstracto resulta complejo, es más simple cuando nos aproximamos a ella, desde la experiencia del encuentro en el amor de sus miembros. La familia es el espacio, donde a través del lenguaje del amor y la veracidad, se fomenta la unidad en la diversidad, algo esencial en toda la realidad humana. Este aprendizaje, los prepara a los miembros más jóvenes, para insertarse en la vida social y continuar el proceso de crecimiento iniciado en la familia. Esto los lleva a asumir con vehemencia las capacidades sociales de salir y ser referencias en su propia comunidad de la veracidad del sacramento del matrimonio y de la unión en la fidelidad.

La familia como una de las instituciones naturales más antiguas y que desde el principio histórico ha llevado el sello privilegiado de la presencia del amor creador en

ella, es testigo del designio de amor que se inscribe en su propósito, solo desde estar inmersa en la sociedad y como testigo de la intención amorosa de Dios, como base de esta, en la que se tejen realidades humanas que forjan al individuo. Por eso en la Familiaris Consortio el eco fuerte del Papa Juan Pablo II se expresa así: “¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia!” (n. 86). En manos de Dios se encuentra el destino universal de su creación, y en manos de su creación la conservación del precepto divino en toda su obra, de modo que el tejido humano que se desenvuelve de manera coherente alrededor de la familia, es el compromiso de sostener y mantener la acción benevolente del amor que transforma y que humaniza.

Lo esencial que integra a la familia está dentro del conjunto de la obra creadora y el de su propio ejercicio, goza así de la responsabilidad de custodiar la acción de Dios en el tiempo y el espacio, que se expresa dentro de ella misma en su intención primera de habitar y acompañar la misma creación en la vivencia particular y cotidiana, por eso no es otra cosa que la manifestación permanente del amor en lo concreto de la vida común.

Sacramento del matrimonio como camino de santificación

El sacramento del matrimonio, como camino de santificación, es la esencia de vínculo indisoluble que une a los esposos. De ahí que el deseo propio de la pareja, debería siempre buscar una dinámica estable que favorezca la construcción de un mundo mejor en sintonía con el designio del Creador. De ahí que Juan Pablo II escribiera en la Familiaris Consortio: “Fuente y medio original de santificación propio para los cónyuges y para la familia cristiana es el sacramento del matrimonio, que presupone y especifica la gracia santificadora del bautismo” (n. 56). El deseo específico de Dios de hacer presencia no radica en un acto meramente de omnipotencia sino en la

plena y constante relación con sus hijos, que desde la opción libre deciden unir sus vidas en la comunión de los miembros de la Iglesia.

La unión en el santo vínculo del matrimonio, proporciona una alianza de amor que se evidencia en la libre voluntad de los cónyuges. Dios como garante de la unión, no solo santifica, sino que ratifica en lo cotidiano de la vida de los esposos su propósito divino de hacer morada en ellos. La Iglesia, desde la perspectiva de la fe, vela por la plena identidad del matrimonio en la vida común, asumiendo el reto diario de ser testigos del amor fraterno que dignifica la vida de los miembros de la familia, se convierte así en el ancla del propósito y del compromiso de comunión a través de la santidad de la alianza.

La familia en Cristo

El llamado indiscutible que se fundamenta en el vínculo familiar es el de la comunión, la prenda en la que se cimenta de manera integral la relación de los esposos, y estos en el constante afecto hacia los hijos y demás miembros. Siempre la historia hablará de la unión entre Cristo y la Iglesia en la íntima comunión de la misión que los vincula en acción constante del amor que une. En este sentido, la Familiaris Consortio afirma: “La comunión entre Dios y los hombres halla su cumplimiento definitivo en Cristo Jesús, el Esposo que ama y se da como Salvador de la humanidad, uniéndola, a sí como su cuerpo” (n. 13). El modelo de comunión en la Trinidad y que se concretiza en la familia, es el signo del Creador de extender su proyecto en sintonía de comunidad con todo el género humano y permanecer en ellos.

El propósito esencial de la familia se cumple en el ideal que vivifica la Iglesia. Pero la unión no es solo un hecho espiritual, sino también una dimensión lógica de la

naturaleza que siempre está en constante relación para la construcción del tejido social. Ya lo expresó el Papa Benedicto XVI en su discurso *los participantes en la asamblea plenaria del consejo pontificio para la familia* en el 2006: “Para ellos, el centro y el corazón de la familia es el Señor, que los acompaña en su unión y los sostiene en la misión de educar a sus hijos hacia la edad madura” (Benedicto XVI, 13 de mayo, 2006). El carácter teológico de la familia se presenta de manera palpable en el designio de Dios de hacer morada en su núcleo. Una misión que lleva a feliz término el propósito de Dios y que ayuda de manera particular a la educación humana y en la fe de cada uno de sus miembros. El camino de la formación familiar no es otro que el de las acciones concretas del amor que consolida el vínculo, y este mismo garantiza la constancia del afecto. Cuando Dios hace presencia en la alianza de los esposos como testigo fiel del amor que los une, y se convierte en el eje y centro de la dinámica familiar, su presencia es garantía de la solidez del vínculo.

Por eso la Iglesia expresa y valora la unidad, ya que Cristo se vincula a ella en esa misma dimensión y en cada aspecto de la historia de la salvación que custodia fielmente; dicho modelo es además dicente en cada manifestación de la obra Redentora de Cristo en el mundo, por ende, el propósito salvador de Dios se configura en el Cuerpo de la Iglesia. Una de las realidades indiscutibles desde las percepciones teológicas de la historia, es el valor que representa la familia en la estructura y vida de la Iglesia y en medio de la sociedad. Por eso la mirada tenderá a la valoración del acto salvífico del Creador en la familia. Juan Pablo II en la *Familiaris Consortio* expresa:

“La Iglesia, consciente de que el matrimonio y la familia constituyen uno de los bienes más preciosos de la humanidad, quiere hacer sentir su voz y ofrecer su ayuda a todo aquel que, conociendo ya el valor del matrimonio y de la familia, trata de vivirlo fielmente” (n. 1).

La intención primera del sacramento del matrimonio, a la luz de la unión de Cristo y su Iglesia, permite comprender el vínculo sagrado de la divinidad en cada aspecto de la humanidad. De este modo el valor del matrimonio no es más que la comprensión de la comunión como un modelo de vida en la sagrada unión que se forja desde la libertad y el amor.

Hablar de la unión y del carácter sagrado de la familia, es llevar a la reflexión más plena del vínculo en el que Cristo es testigo y partícipe del mismo. Por eso la especial atención de la Iglesia radica en el júbilo gozoso de hacer presente la acción de Dios en la comunión de los esposos. El Papa Francisco en *Amoris Laetitia* expresa: “La alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia” (n. 1). La familia como el júbilo, que representa para la Iglesia es el tesoro heredado de la acción del Creador en la existencia y una obra que se mantiene. El centro que fundamenta la vida y dinámica del amor en la familia se da a través de los esposos y su testimonio de garantes de la comunión entre los demás miembros. A través de los cónyuges, se hace presente el designio de amor de Dios. Ellos testifican a través de la alianza de sus vidas el sagrado vínculo, que a través del conocimiento de su propia vida van dando forma al deseo común de formalizar el amor.

Misión de la Familia cristiana

Como una comunidad de amor fundada en Cristo, la familia participa constantemente en el anuncio de la Buena Nueva, en la trasmisión de los valores del Reino y en la defensa de la vida como don sagrado del Creador. Por eso se asume la misión como el llamado de sostener dicho propósito. Desde la comunión de los miembros ya se garantiza la acción del amor que une. El Papa Juan Pablo II en la *Familiaris Consortio* afirma: “Por esto la familia recibe la misión de custodiar, revelar y

comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa” (n.17). Describe el Papa el horizonte que lleva la identidad de la familia en su propia misión. Es depositaria de los bienes eternos que demuestra con fidelidad su adhesión al propósito de su Creador.

Otra de las misiones que Dios confía a la familia y que brota de la sobreabundancia de su amor, es la de colaborar con el creador, en la procreación de la vida, signo de esperanza en medio de la turbulencia de la sociedad. Esto era afirmado por el Papa Benedicto XVI en el Discurso a los participantes en la asamblea plenaria del Consejo pontificio para la familia: “Las familias cristianas testimonien con valiente coherencia que la procreación es fruto del amor” (Benedicto XVI, 13 de mayo, 2006). Las familias no fomentan egoísmo que nace y se queda en ellos, desde la visión del santo padre, es un amor que se extiende en el tiempo y en la historia, que se une al deseo propio de la misión de construcción del Reino de Dios como preludeo de la vida divina.

La unión de los esposos, no es un mero compromiso humano efímero, sino que, en unión con Cristo, este vínculo del amor humano, adquiere un sentido sagrado, como camino que se recorre hasta la cumbre de la plenitud en familia. Al respecto dirá en la *Amoris Laetitia* el Papa Francisco:

“En el centro encontramos la pareja del padre y de la madre con toda su historia de amor. En ellos se realiza aquel designio primordial que Cristo mismo evoca con intensidad: «¿No habéis leído que el Creador en el principio los creó hombre y mujer?»” (n. 9).

El matrimonio si bien es cierto representa la alianza del amor eterno de los cónyuges, asume desde el primer momento el interés de vincularse al principio de comunión que se teje en la acción omnipotente de la creación: “no es bueno que el

hombre esté solo”; esta es una llamada que permanece y se mantiene, que se hace eficaz en la unión de los esposos y se prolonga en el desarrollo de los hijos. Es la manera más amorosa, en la que Dios teje con paciencia su intención de estar en medio de su creación, como testigo fiel del amor profesado y del anhelo humano de los seres, de tender siempre a su Creador.

Familia, escuela de humanismo

La familia se configura plenamente como custodia de la vida desde la concepción, porque es en su seno donde se origina, se forma y se materializa todo un ciclo evolutivo que dimensiona la intención de Dios de hacer presencia a lo largo de la historia de las generaciones; ya lo expresaba Juan Pablo II en la Familiaris Consortio: “así el cometido fundamental de la familia es el servicio a la vida, el realizar a lo largo de la historia la bendición original del Creador, transmitiendo en la generación la imagen divina de hombre a hombre” (n. 28). La familia, como custodia de la humanidad, recibe esta misión de Dios, de ayudar a crecer en humanidad, a quienes les son confiados y a defender en la sociedad los derechos inalienables de cada uno de sus miembros, que constituyen una incansable lucha por la dignidad humana en toda la integridad del concepto.

Cabe preguntar en el marco de la reflexión teológica ¿Por qué hablar de humanismo en el núcleo familiar? Porque se encarna en la misión y en la propia dinámica que se vive dentro de la convivencia familiar, que abraza cada uno de los aspectos de la vida común haciendo del tiempo y del espacio, los fundamentos en los que se solidifican las más profundas acciones del individuo y que se compacta en la unión de los esposos sumada a la formación de los hijos. Benedicto XVI ya lo manifestaba en su discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria

del Consejo Pontificio Para La Familia: “El centro y el corazón de la familia es el Señor, que los acompaña en su unión y los sostiene en la misión de educar a sus hijos hacia la edad madura” (Benedicto XVI, 2005). El carácter teológico de la familia se presenta de manera palpable en el designio de Dios de hacer morada en su núcleo. Ella edifica y fortalece el llamado especial de ser difusora de la bondad que asume desde su vocación. Esta misión que no solo es de carácter teológico y espiritual, tiene una vocación social que pretende apostarle a la búsqueda del equilibrio humano en todas las dimensiones de la sociedad.

CAPÍTULO II: LOS DESAFÍOS DE LA FAMILIA HOY

La sociedad vive inmersa en la dinámica liberal, que en gran medida puede desfavorecer a la consecución de una reflexión plena sobre lo verdaderamente esencial en la vida humana y familiar. Esta misma sociedad permite y fomenta sistemas de pensamiento que van permeando de manera sistemática, las percepciones, conceptos y vivencias que día a día calan en la dinámica común del ser humano, unos en fomento del bienestar y de la sana vivencia, pero otros en las lógicas modernas de percepciones egoístas que deshumanizan.

La familia representa de manera concreta, las experiencias de la vida social, que como comunidad natural forja en su seno las propias dinámicas sociales, culturales, económicas, políticas y demás, que direccionan el destino particular del ritmo común.. Dichas dinámicas sociales, forjan de manera particular el horizonte por el cual camina el desarrollo y crecimiento de la identidad familiar, que en ocasiones se ve afectada por las irregularidades que dimensionan un panorama hostil a la valoración de la constitución familiar, llevando a que se convierta más en desafíos que en realidades concretas.

De ahí que el Papa Juan Pablo II, afirma en la Familiaris Consortio: “La situación histórica en que vive la familia se presenta pues como un conjunto de luces y sombras” (n. 6). Son luces y sombras que se traducen en desafíos actuales que poco a poco van afectando la dinámica propia que direcciona la vida en familia. Estas dinámicas pueden ser una amenaza a la identidad directa de la familia.

Relativismo moderno

Una de las amenazas a la identidad familiar, es el relativismo moderno, entendido, como la negación discursiva y real de las verdades absolutas. Se habla de la percepción de verdad propia, subjetiva, que se establece en el sistema de pensamiento. Nada puede llegar a considerarse como verdad, solo aquello que pueda someterse desde una perspectiva científica a la evaluación formal y racional; lo que no sea comprobable es solo dogmatismo ideológico. La ciencia comienza a establecer parámetros propios que miden las ideas que se deben concebir en la medida propia del desarrollo del pensamiento. Por eso la familia se ve afectada de manera concreta en su constitución con las concepciones relativistas. El cual se ve agudizado por la intención humana de descentralizar las vivencias espirituales, poniendo el señorío en las concepciones individualistas de la realidad, que lejos de las intenciones propias del designio divino asumen ideas que no se fundamentan en la veracidad.

El Papa Benedicto XVI en su Discurso al iniciar el Congreso Eclesial de la Diócesis de Roma sobre «Familia y comunidad cristiana: formación de la persona y transmisión de la fe» dijo: “Un obstáculo particularmente insidioso en la obra educativa es hoy la masiva presencia en nuestra sociedad y cultura de ese relativismo que, al no reconocer nada como definitivo, sólo tiene como medida última el propio yo con sus

gustos” (Benedicto XVI, 7 de junio, 2005). Se evidencia en la actualidad una crisis que refleja la apatía a la sacralidad del vínculo, crisis de tendencia metafísica, que plantea que lo sagrado no puede subsistir en nada meramente humano.

El relativismo moderno va penetrando en el seno de la familia comenzando por el de la verdad revelada sobre la familia, que solo viene de Cristo. El Papa Benedicto XVI en su homilía en Varsovia en el 2006 expresa: “No debemos caer en la tentación del relativismo o de la interpretación subjetiva y selectiva de las sagradas Escrituras. Sólo la verdad íntegra nos puede llevar a la adhesión a Cristo, muerto y resucitado por nuestra salvación” (Benedicto XVI, 26 de mayo, 2006). Esta afirmación, es fuertemente criticada por las concepciones modernas que día a día socaban el valor de la familia y la sociedad, para así poner en telas de juicio acciones propias que tienen su origen en el designio de Dios.

La visión del magisterio contra el afanoso ataque del relativismo, es defender en toda su constitución y la unidad de los miembros. La unidad está representada en la lucha que, desde la intimidad, fortalece el vínculo de los esposos. El Papa Juan Pablo II dijo en la *Familiaris Consortio*: “Esta fidelidad, lejos de rebajar la libertad de la persona, la defiende contra el subjetivismo y relativismo, y la hace partícipe de la Sabiduría creadora” (n. 11). Se hace propio el llamado de potenciar la vocación primera de ser comunidad de vida y amor, para cumplir su cometido de humanizar. Esta ha sido una constante en el magisterio y en la teología que expresa el mismo Juan Pablo II.

Las concepciones modernistas que tienden a afianzar el relativismo como bandera, acusan a la familia de enajenar en ocasiones la libertad de convivencia en el

marco tradicional de lo que se cree como absurdo. De este modo el Papa responde dentro de la misma Familiaris Consortio:

“De la misma manera que la comunidad familiar no anula en su seno a las personas que la componen, y la Iglesia misma valora plenamente la «criatura nueva» (Ga 6,15; 2 Co 5,17), que por el bautismo se inserta en su Cuerpo vivo, así también la unidad de la familia humana no anula de por sí a las personas, los pueblos o las culturas, sino que los hace más transparentes los unos con los otros, más unidos en su legítima diversidad” (n. 53)”

La comunión permite la interacción en la diversidad de los miembros, en la unidad que se refleja en la Iglesia, este signo es palpable en la común unión de las familias. Dicha unión se ve afectada por las nuevas ideologías, que atentan contra la integridad familiar, de modo que llevan a relativizar la invitación constante del amor mutuo y de hacer comunidad, esto planteando una comprensión meramente egoísta del ser humano y de todo lo que lo conduciría a su humanización.

La Iglesia en medio de la convulsión que causó el Concilio Vaticano II reconoció el desafío de la época que se asomaba, por eso dentro de la *Gaudium Et Spes* afirma, en cuanto a la familia que: “Aparecen discrepancias en la familia, debidas ya al peso de las condiciones demográficas, económicas y sociales, ya a los conflictos que surgen entre las generaciones que se van sucediendo, ya a las nuevas relaciones sociales entre los dos sexos” (n. 8). Los cambios y avances de las mentalidades, de percepciones humanistas, establecen formalidades nuevas que involucran saberes y categorías efímeras, ajenas a Dios y su designio para la persona y la familia, entre esas, la manera en que se percibe la vida como un ciclo solo bajo el dominio del orden humano, la forma en que se desmerita el valor de la unión sagrada, pasando a segundo plano la intervención del vínculo divino entre los cónyuges y la aniquilación de la fecundidad bajo el criterio desmesurado de responsabilidad imposible de sobrellevar.

Los factores de riesgo generan una desestabilidad en el núcleo y después quita como fundamento el valor de humanidad que impregna la unión de los miembros, de este modo como causando una convivencia entre seres comunes que comparten un espacio pero que no son capaces de brindarse afecto por la dinámica convulsionada en que se introducen a raíz de las vicisitudes propias del relativismo moderno, ya antes mencionado, que logra hallar morada en lo más íntimo de la familia causando un cambio abrupto y despojando el calor humano. El Papa Francisco en la *Amoris Laetitia*: “Quisiera agregar el ritmo de vida actual, el estrés, la organización social y laboral, porque son factores culturales que ponen en riesgo la posibilidad de opciones permanentes” (n. 33). El camino al relativismo, ahora haciendo más eco en las muestras del afecto y amor hace que todo lo que parezca sublime no goce en absoluto de una dimensión trascendental, sino que compone fundamentaciones efímeras de percepciones momentáneas.

Desacralización de lo sagrado

Con el paso del tiempo y las nuevas épocas en las que la Iglesia asume nuevos retos, la familia a su vez se integra a dichas novedades siendo ella la más afectada desde la relativización de lo sagrado, como concepto y como experiencia. Aparecen con gran fuerza, nuevos intereses que buscan, subvalorar lo sublime, reconociendo solamente la dimensión meramente humana, como lo único y esencial para vivir y existir. La familia atraviesa una crisis de identidad que siendo el núcleo el primer afectado, integra una serie de condiciones que el mundo plantea como absoluto.

Las nuevas ideologías basan su credibilidad en fundamentos esencialmente egoístas, en los que solo tienen cabida las pretensiones humanas, deja de lado toda intención de aferrarse a lo sublime, al designio de Dios. El Papa Francisco afirma en la

Amoris Leatitia: “Una cosa es comprender la fragilidad humana o la complejidad de la vida, y otra cosa es aceptar ideologías que pretenden partir en dos los aspectos inseparables de la realidad” (n. 56). Las ideologías no pueden imponer conceptos y percepciones de humanidad en lo que realmente no es humano, por eso la crisis de lo sagrado puede estar impulsadas por tendencias egoístas.

Individualismo social

Otro de los desafíos de la familia hoy en día es el individualismo social, lo que empobrece con gran preocupación la unidad de la familia, porque hace que sus miembros busquen el interés propio, antes que el común. Por eso el peligro radica más en la pérdida de la valoración interna y la manera en que concibe el mundo, desde dentro, una de las instituciones naturales más antigua que ha acompañado la historia.

Benedicto XVI en su discurso a los participantes en la asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la familia dijo: “En especial la estabilidad de la familia está hoy en peligro. Para salvaguardarla con frecuencia es necesario ir contracorriente con respecto a la cultura dominante, y esto exige paciencia, esfuerzo, sacrificio y búsqueda incesante de comprensión mutua” (Benedicto XVI, 3 de mayo, 2006) El vínculo del matrimonio vive el flagelo que genera un ambiente desértico del amor, los espacios de integración son completamente erradicados y desplazados por aspectos superficiales de los cotidianos, donde no hay cabida a la acción omnipresente del Creador porque no corresponde según las ideologías, a salvaguardar su propio carácter. Es allí donde se sobrepone el orgullo humano ante la necesidad de tejer lazos que exigen la fraternidad con el otro y la construcción de la sociedad desde el seno de la familia.

La *Gaudium Et Spes* aborda uno de los temas más referenciados como la **ética individualista** que fomenta la pérdida de criterio de lo común a lo propio. De este modo

la comunidad como vivencia, es un mero anhelo del pasado que se convierte en el pésimo deseo de involucrar al otro en mi camino. La pretensión egoísta ha desplazado del deseo de compartir la llamada a la comunidad. Afecta directamente a las familias, fortalece de manera inmensurable la concepción banal de orgullo hasta el punto de enajenar con claridad el vínculo entre los miembros.

La misma Gadium Et Spes hace el llamado claro a la búsqueda del encuentro, y a la participación constante, afirma: “La aceptación de las relaciones sociales y su observancia deben ser consideradas por todos como uno de los principales deberes del hombre contemporáneo” (n. 30). Vivir en la consonancia de la sociedad implica naturalmente compartir el espacio y la existencia con los otros, es un llamado a la cohesión de los seres humanos y de todos los entes que comparten el vínculo de la creación entre sí. El orden del mundo se mueve y se dinamiza en la dinámica de la relación de todos, no se niega que naturalmente necesitaremos siempre de todos para la construcción del tejido social que nace en la familia y en ella se concretiza.

La preocupación constante de la Iglesia, cuando se afecta de manera directa el núcleo y la vocación de las familias, es una llamada a hacer eco en lo relevante y fundamental, de ahí que la deseosa y afanosa acción del mundo y la sociedad de quitarle el carácter teológico a la identidad de la familia, se basa en las nuevas concepciones superficiales que nacen de las visiones modernistas que desconocen el valor intrínseco, de la integración de los seres humanos, además es un salto al vacío de la antropología, desconociendo, la conformación de un tejido social coherente y necesario, a través del núcleo familiar. La búsqueda transcendental de la misión de la familia no es otra cosa que la natural concepción de la revelación en la realidad es el querer encarnar en la historia la unión y comunión de los seres entre sí, que en figura del Misterio de la

Trinidad comparten la acción específica de ser portadores de la Verdad en gran medida.

Debilitamiento de la vida familiar

Es necesario reconocer sin lugar a duda un debilitamiento del ritmo de la vida familiar. Como ya se había mencionado, la familia, enfrentándose a los cambios abruptos de la sociedad, en ocasiones bajo la influencia de las ideologías relativistas, pierde el horizonte amoroso que la identifica. Esto conlleva una pérdida del sentido espiritual de estar en familia, y pasa a un segundo plano, opacado solo por el mero cumplimiento normativo o de responsabilidad común de subsanar las necesidades. Es una causa de un debilitamiento constante y dañino que de manera silenciosa desmorona el milagro de la fraternidad y el compartir entre los miembros.

La poca transmisión de la fe, afecta directamente en el corazón de la formación y fortalecimiento de la unidad. Las familias perderían el carácter o la cosmovisión comunitaria y participativa de la vida sacramental dejando de lado todo lo que significa la eclesialidad del sacramento; se dejaría solo al individualismo asfixiante de buscar la superación de lo que solo es útil a la vida humana. El Papa Francisco menciona en la *Amoris Laetitia*: “El debilitamiento de la fe y de la práctica religiosa en algunas sociedades afecta a las familias y las deja más solas con sus dificultades” (n. 43). En la sociedad solo se le transmitiría el concepto fe, como mera normatividad que no la compromete con absolutamente nada desde el compromiso de forjar personas con convicciones de vida, en cuanto menos la sociedad esté involucrada con esto, para ella será menos complejo, comprender todos los valores trascendentales que solo desde la fe pueden ser transmitidos.

CAPÍTULO III: ACCIONES PASTORALES QUE FOMENTAN LA UNIDAD DE LAS FAMILIAS.

La pastoral es el ejercicio de Cristo Pastor, que a través del ministerio de la Iglesia, custodia y vela por el bienestar de su pueblo. Es una acción que nace desde el momento que se apersona de su misión. El Evangelista Marcos hace relación precisamente a la expresión de este sentimiento en Jesús cuando afirma: "Al desembarcar, Jesús vio toda aquella gente, y sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas sin pastor. Y se puso a enseñarles largamente" (Mt 6, 34). Precisamente este sentimiento es el que conlleva al compromiso pastoral de la Iglesia de acompañar y sostener los propósitos de Cristo para la humanidad. Se determina de manera particular en la familia como el lugar donde la Buena Nueva adquiere el sentido más amplio en el amor con el compartir de los miembros entre sí. La familia es hoy el centro de una sociedad garante y el aliciente de una Iglesia viva, por eso, las posibles vías pastorales se darán de manera práctica y cotidiana en el marco de la experiencia común, para que así corresponda a la asimilación de los mismos retos como método de proyección hacia una perfecta o ideal modelo de vida familiar.

Quien dinamiza esta practicidad del cuidado de la familia, es la pastoral familiar, como la fuente de la garantía de la experiencia de fe común en la cotidianidad de los creyentes. Una de las apuestas de la Iglesia en toda su dimensión es precisamente la pastoral familiar como una acción generadora que dinamiza y fortalece la misión propia. Es una de las apuestas más eficaces en la misión de la Iglesia que fomenta en su propia identidad, el ser de ella misma la mejor testigo del anuncio de la Buena Nueva.

La acción pastoral siempre debe tender a la unidad, se considera la pastoral como el ejercicio formal de la vida de Cristo en el pueblo, de este modo la familia entra en el centro de la reflexión común. El Papa Francisco en la *Amoris Laetitia* expresa: “Para que las familias puedan ser cada vez más sujetos activos de la pastoral familiar, se requiere «un esfuerzo evangelizador y catequístico dirigido a la familia” (n. 228). La invitación constante a dinamizar en todo el anuncio del *Kerygma* que propone la misión liberadora del egoísmo estructural en que la familia puede verse sumergida.

Apostolado de comunión

Conservar la unidad entre familia e Iglesia es el ideal de la comunidad cristiana, puesto que sus propias identidades radican en Cristo, no se desliga la una de la otra, sino que en la comunión fomentan y fortalecen el anuncio del Reino en la vida práctica de la fe. El agente pastoral de acción más constante es la familia, ella tiene la posibilidad de moverse en los campos de vida comunes permitiendo ser testigo del amor que redime y perdona. La vida de la Iglesia se dinamiza desde la gestión humana y espiritual del obispo, su presbiterio y de todos los bautizados que desde la voluntad obediente acogen en el criterio misionero, cada una de las directrices que apuntan a darle vida a los aspectos pastorales más urgentes. El Papa en la misma *Amoris Laetitia* expresa: “los pastores debemos alentar a las familias a crecer en la fe. Para ello es bueno animar a la confesión frecuente, la dirección espiritual, la asistencia a retiros” (n. 227). La animación de la vida apostólica debe ser un llamado a testificar de la manera más simple y común, el anuncio de la vida en Dios, que se refleja en el testimonio de Iglesia y se transmite a los más cercanos que encuentran en la familia el refugio que quizás han perdido, porque su única intención es unir en el amor.

El apostolado más evidente de la familia en la Iglesia debe ser el del amor y el de la vida. Por medio del testimonio de integridad y constancia al servicio del Reino, fomentan una armoniosa participación en la vida apostólica desde la fidelidad al Evangelio hasta la vinculación sagrada de sus miembros. El Papa Francisco en la *Amoris Laetitia* expresa: “Todas las acciones pastorales tendientes a ayudar a los matrimonios a crecer en el amor y a vivir el Evangelio en la familia, son una ayuda inestimable para que sus hijos se preparen para su futura vida matrimonial” (n. 208).

Una pastoral de misericordia

Una de las acciones pastorales más importantes es en definitiva la de la misericordia. Una pastoral que acoge y recibe en medio de la dimensión propia de la acción de la Iglesia a todos sus hijos, a quien perdona, y por medio de la reconciliación llama al servicio de la caridad perfecta. Es ver en el otro la obra de Dios que se concretiza en la familia como espacio de fe y de amor a través de la comunión. El Papa Francisco en su *Amoris Laetitia* dice al afirmar de la experiencia del consuelo: “Es una honda experiencia espiritual contemplar a cada ser querido con los ojos de Dios y reconocer a Cristo en él. Esto reclama una disponibilidad gratuita que permita valorar su dignidad” (n. 323). La misericordia dignifica al ser humano, le devuelve lo esencial de su experiencia de fe, por eso el agente fundamental de la pastoral familiar es el que a través desde el testimonio permite contemplar la acción omnipotente de Dios, en medio de las situaciones adversas de la vida común.

El amor misericordioso en la familia es el que siempre está dispuesta a recibir, el mejor ejemplo lo tenemos de ello en la parábola del Hijo Pródigo (Lc 15), en la que representando la figura central de la paternidad siempre está unida en el hecho

bondadoso de fomentar vida, sin importar la desdicha, el gesto egoísta siempre el amor se dispone a recibir, amar y perdonar.

El servicio a la vida

La vida es uno de los dones más importantes que se transmite y se debe conservar, que nace como un tesoro anhelado en medio del seno de las familias y por ende es la bandera de la pastoral familiar, su defensa. La vida es el acto de amor en el que se conjuga la voluntad del creador con el amor de la pareja y van tejiendo una a una el propósito de Dios como designio amoroso. La familia es la testigo más evidente de la vida, en ella nace y en ella se mantiene. No existirá una coherente defensa de la vida si se evade la reflexión central de la persona. El ser constitutivo del hombre es su propia esencia, que lo hace un ente consciente en sí y con los demás, de ahí que la constante interacción con el otro, debe llevarlo a la valoración de su propia dignidad en toda su integridad, esto desde todo el conjunto constitutivo de su propia vida.

La invitación es volcar la mirada a lo realmente esencial, a la fuente, y a la libertad consciente del otro que en ningún momento debe atropellar el designio propio de cada uno. La familia es la maestra de la vida, en las palabras del Papa Francisco, en *Amoris Laetitia* afirma: “la familia es el santuario de la vida, el lugar donde la vida es engendrada y cuidada, constituye una contradicción lacerante que se convierta en el lugar donde la vida es negada y destrozada” (n. 83). El mundo vive una conmoción constante y cada vez con mayor fuerza por la degradación y disminución por la opción por la vida, es fácil decidir por el otro cuando no hay plena consciencia de la libertad que igual a todos nos compone.

La familia, custodia de la vida natural y sobrenatural, está invitada a abanderar constantemente esta fiel defensa, como servidora de la vida. Por eso el Papa Juan Pablo II en la *Evangelium Vitae*: “La vida que el Hijo de Dios ha venido a dar a los hombres no se reduce a la mera existencia en el tiempo” (n. 37). La fiel defensa es luchar por la identidad de la vida, como don, como regalo, a lo que concluye el Papa afirmando: “Por tanto, la vida eterna es la vida misma de Dios y a la vez la vida de los hijos de Dios”. Es una lucha incansable, que fomenta el querer del designio de Dios en el destino universal de sus creaturas, no es un salto a un vacío existencial sino el deseo de preservar y custodiar el regalo que nace en el doble amor, en la omnipotencia y en la fecundidad de los cónyuges.

El Papa Benedicto XVI en su discurso a un grupo de representantes del movimiento por la vida en Italia dijo: es “necesario unir los esfuerzos para que las diversas instituciones pongan de nuevo en el centro de su acción la defensa de la vida humana y la atención prioritaria a la familia, en cuyo seno la vida nace y se desarrolla” (Benedicto XVI, 12 de mayo, 2006, Roma). La familia se convierte en el centro real y cotidiano en el que los valores del Reino se fundamentan con gran criterio, desde el primer momento en el que se nace en la familia se asumen unos aspectos humanos que naturalmente establecen parámetros sociales. El núcleo familiar fortalece cada aspecto de la vida humana, sensibilizando a través del afecto y llevando a valorar la dignidad como una apuesta irrevocable que se exige con justicia.

Formación y catequesis

En nuestra vida antes de realizar o recibir un sacramento somos formados en la fe para así tener claridad y convicción sobre lo que recibo y sobre lo que se vivirá. Esto

forma parte esencial la catequesis. Uno de los ejercicios más antiguos de la iniciación en Cristo, es la transmisión viva y eficaz del conocimiento no solo del dogma sino de la experiencia de vida que transforma y dignifica al creyente. El Papa Juan Pablo II en *Catechesi Tradendae* expresa sobre la importancia de la catequesis afirmando que es: “una de sus tareas primordiales, ya que Cristo resucitado, antes de volver al Padre, dio a los Apóstoles esta última consigna: hacer discípulos a todas las gentes, enseñándoles a observar todo lo que Él había mandado” (n.1). Es el precepto del amor el que mide cada uno de los aspectos propios de la formación, en el seno de la familia los hijos se convierten en personas en constante formación, los padres como maestros de la fe tienen la responsabilidad natural de construir en ellos personas celebrativa y coherente con las acciones propias del Reino anunciado por Cristo.

El mensaje central de la catequesis no es otro que el de la fe, no se convierte en una acción repetitiva o desde el simple cumplimiento social establecido como un parámetro formal. Es más allá, es fortalecer el criterio de fe, es permitir que en la persona crezca la consciencia sólida de creyente, sin vacilación alguna a situaciones efímeras de la vida social. Se prepara para un acontecimiento central en la vida espiritual, ya sea iniciar su vida de fe, ser perdonado, unirse en vínculo sagrado, pactar su alianza como escogido a una misión específica, etc., lo fundamental radica en la importancia de no dejar desfallecer el fermento de vida en Cristo, especialmente en los territorios donde ha sido fácil desplazar todo lo que me hable de Dios.

Junto con la teología del Papa Juan Pablo II nos podemos preguntar ¿Cuál es la finalidad de la catequesis? ¿Qué es lo esencial de este proceso de formación en la fe? ¿Por qué resulta tan necesario en la vida del creyente? En la *Catechesi Tradendae*

dice: “Se trata en efecto de hacer crecer, a nivel de conocimiento y de vida, el germen de la fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio y transmitido eficazmente a través del bautismo” (n. 20). La invitación es que desde la familia este germen no muera, que, a través del respeto por el otro, el amor mutuo, la solidaridad constante, podamos así convertir el hogar en el espacio del sólido encuentro, donde pesar de la limitación podemos comenzar de nuevo al final de la jornada. La identidad del cristiano es la base de su convicción por el mundo y por la vida, que de una manera u otra construye sociedad íntegramente vinculado al deseo libre de vivir en Cristo.

Una pastoral que fomenta la cultura del encuentro

Una de las garantías propias de la familia consiste en la posibilidad de ser portadora de vida, pero a su vez es el lugar de la acogida. Donde el afecto vence cualquier premeditado egoísmo. De este modo, la convivencia y la relación de los familiares fomentan un espacio de integración. Radica de este modo la invitación especial a solidificar la convivencia, el espacio común donde los seres se permiten ser, donde aflora el afecto y la armonía, donde la caridad motiva y da apertura a la sensibilidad, donde me intereso por el crecimiento del otro, en definitiva, donde hago Iglesia a través de las acciones propias. Una de las invitaciones que hace el Papa Francisco en *Amoris Laetitia* es: “falta tiempo para dialogar, para abrazarse sin prisa, para compartir proyectos, para escucharse, para mirarse, para valorarse, para fortalecer la relación. A veces, el problema es el ritmo frenético de la sociedad, o los tiempos que imponen los compromisos laborales” (n. 224).

Vencer el individualismo es una de las acciones propias de la comunidad, pero la familia debe apostar a mantener siempre el propósito de fraternizar el vínculo. De este

modo el hogar es el centro que recibe y acoge, quizás a los más lejanos, o los rebeldes, pero también a los nuestros, los de siempre. Jesús expresa en la parábola del hijo pródigo el relato ya conocido del hijo que desde su propio deseo decide irse, después de las múltiples vicisitudes regresa, pero es recibido con brazos abiertos, no con prejuicios, acusaciones o señalamientos, sino con los brazos que nunca desfallecieron de esperar. Estamos llamados a propiciar esa misma sensibilidad del padre que espera, afirma el evangelista: “Estando él todavía lejos, le vió su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente” (Lc 15,20).

El llamado es fortalecer la alianza del amor, los matrimonios deben demostrar con su testimonio que no hay mejor lugar que el del amor que sana, que forma, que perdona y que ayuda a crecer. Poner al servicio cada una de las capacidades humana y espirituales, el apostolado del encuentro se enriquecerá a la medida que el corazón se dispone a dejarse moldear. El Papa Juan Pablo II dice en la Familiaris Consortio: “En esta actividad ellos actúan en comunión y colaboración con los restantes miembros de la Iglesia, que también trabajan en favor de la familia, poniendo a disposición sus dones y ministerios” (n. 71). El ideal es forjar el camino de la redención y posibilitar que con la puerta abierta, se acoja a todos los hijos del pueblo fiel que clama día a día por la necesidad de humanidad de la que carece la sociedad; finalizo con el deseo de la Iglesia, en la voz de los Padres Sinodales (*los desafíos pastorales sobre la familia en el contexto de la evangelización*), de confiar siempre en la tarea apostólica de la familia porque Dios siempre la ha acompañado: “el hombre y la mujer cumplen en la fe la vocación de ser colaboradores de Dios en la custodia de la creación y en el crecimiento de la familia humana”

CONCLUSIONES

1. La comunión permite que la experiencia de Dios en la familia sea la expresión de humanidad más clara. Por medio de ella Dios hace presencia en la historia de fe y de salvación de cada uno de sus miembros, permite de igual forma que el vínculo indisoluble del amor sea claro, preciso y humano, de este modo se vivifique en todo el género humano la obra de Dios que día a día cobra sentido a través de lo cotidiano.
2. Los retos que afronta la familia son causa de la relativización del concepto mismo, esto lleva a la superficialidad que a la hora de la experiencia del afecto común deja de lado lo esencial al momento del compartir en el núcleo del encuentro, de este modo, aun en medio de la crisis por los retos el llamado es la plena búsqueda de identidad que solo se encuentra en la valoración interior de la acción benevolente de Dios.
3. La mirada privilegiada que da el Magisterio hacia la familia radica en la necesidad de fundamentar su importancia como institución de derecho natural, pero que, a su vez, dentro del plan y el designio de Dios, permite la extensión del plan salvífico del Padre en los hombres. La reflexión de los Papas lleva como centro en anuncio keygmático del Reino de Dios, de esto depende la misión con la que la Iglesia dinamiza su propia acción en beneficio de tesoro más importante de su misión, la familia.
4. Para la teología del Magisterio la realidad que afrontan las familias es una dificultad que involucra todos los aspectos de la vida humana, ya que dentro de los documentos se alude habla de la misma como bien precioso haciendo referencia al eje que constituye toda comunidad. Mucho de los aspectos en

los que incide las dificultades de la familia son presentados en el vacío profundo de Dios que banaliza la obra misericordiosa de acompañar a sus creaturas.

5. La acción pastoral de la Iglesia, en sintonía con la invitación mesiánica de “Ir por el mundo entero” debe ser acompañada por el deseo de valorar cada aspecto de la vida de fe en la integridad de la familia, y en la defensa de esta. Por consiguiente, esta acción no solo dinamiza, sino que ayuda a la búsqueda del sentido propio desde la opción libre para fomentar en los espacios comunes de la fe los valores propios del Reino.
6. La pastoral familiar debe convertirse en un espacio que dignifica el propósito de Dios en sus hijos, especialmente en la alianza que establece en el amor con los que se unen en el santo vínculo del matrimonio. De este modo, el testimonio real de la vida en familia no será otro que la calidad humana como reflejo de la amorosa compañía de la omnipotencia.

REFERENCIAS

- Aros, J., & Basualto, L. (2014). Aportes a la teología de la familia. Lectura eclesiológica de la Iglesia doméstica. Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso.
- Benedicto XVI. (2005). Discurso Del Santo Padre Benedicto XVI En La Ceremonia De Apertura De La Asamblea Eclesial De La Diócesis De Roma. Libreria Editrice Vaticana. Vaticano. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2005/june/documents/hf_ben-xvi_spe_20050606_convegno-famiglia.html
- Benedicto XVI. (2006). Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en la asamblea plenaria del Consejo Pontificio Para La Familia. Libreria Editrice Vaticana. Vaticano. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2006/may/documents/hf_ben-xvi_spe_20060513_pc-family.html
- Benedicto XVI. (2006). Homilía Del Santo Padre en Varsovia. Libreria Editrice Vaticana. Varsovia. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2006/documents/hf_ben-xvi_hom_20060526_varsavia.html
- Benedicto XVI. (2009). Caritas in Veritatis. Libreria Editrice Vaticana. Vaticano. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate.pdf

- Francisco. (2014). Audiencia General 2 de abril de 2014. Libreria Editrice Vaticana. Vaticano. Vaticano.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiences/2014/documents/papa-francesco_20140402_udienza-generale.html

- Francisco. (2016). Amoris Laetitia. Exhortación Apostólica Postsinodal. Biblioteca de Autores Cristianos.

- Juan Pablo II (1979). Audiencia General 12 de septiembre de 1979. Libreria Editrice vaticana. Vaticano. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1979/documents/hf_jp-ii_aud_19790912.html

- Juan Pablo (1979). Audiencia General 19 de septiembre 1979. Libreria Editrice Vaticana. Vaticano. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1979/documents/hf_jp-ii_aud_19790919.html

- Juan Pablo II (1979). Exhortación Apostólica Catechesi Tradendae. Libreria Editrice Vaticana. Vaticano. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_16101979_catechesi-tradendae.html

- Juan Pablo II. (1994). Familiaris Consortio. La Familia: Exhortación Apostólica. Buenos Aires. Ediciones Paulinas.

- Juan Pablo II. (2015). *Evangelium vitae* Sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana. Santiago de Chile. Ediciones UC.

- Biblia de Jerusalén (2019). Quinta Edición, Revisada y Aumentada. Desclée De Brouwer.

- Concilio Vaticano II. (1965). Constitución Pastoral *Gaudium Et Spes*. Libreria Editrice Vaticana. Vaticano.
https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

- SINODO. (2014). *III ASAMBLEA GENERAL EXTRAORDINARIA LOS DESAFÍOS PASTORALES DE LA FAMILIA EN EL CONTEXTO DE LA EVANGELIZACIÓN*. Libreria Editrice Vaticana. Vaticano.
https://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20140626_instrumentum-laboris-familia_sp.html